



*Al servicio
de las personas
y las naciones*

Chile en 20 años

**Un recorrido a través de los
Informes sobre Desarrollo Humano**



PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO EN CHILE

Edición de textos

Andrea Palet

Fotografía portada

Juan Pablo Sierra

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)

Av. Dag Hammarskjöld 3241, Vitacura

registry.cl@undp.org

www.cl.undp.org

www.desarrollohumano.cl

Santiago de Chile, abril de 2017

Los contenidos de este documento pueden ser reproducidos en cualquier medio, citando la fuente.

PRESENTACIÓN DE LA COORDINADORA RESIDENTE DEL SISTEMA DE LAS NACIONES UNIDAS Y REPRESENTANTE RESIDENTE DEL PNUD EN CHILE

A nombre del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en Chile, tengo el agrado de presentar el documento **Chile en 20 años: Un recorrido a través de los Informes sobre Desarrollo Humano**. Hace dos décadas se publicó en 1996, el primer Informe sobre Desarrollo Humano en Chile, iniciándose con él una reflexión sobre el sentido del desarrollo y la modernización del país. Desde entonces, los Informes han promovido la generación de debates abiertos e inclusivos acerca de las condiciones sociales requeridas para hacer de los procesos sociales en curso un motor para el desarrollo humano.

Impulsar el desarrollo es hoy una tarea cada vez más compleja. Las transformaciones sociales, económicas y ambientales tornan urgente la necesidad de contar con un conocimiento cabal de las nuevas realidades asumiendo toda su complejidad. Para promover cambios sociales no bastan los recursos financieros. La posibilidad de ser un agente catalizador de las transformaciones que las sociedades necesitan se juega cada vez más en ideas innovadoras; ideas que hagan una diferencia sustantiva.

Una de esas ideas que han hecho la diferencia es la noción de desarrollo humano. Esta implicó un giro tan simple como potente: poner a las personas al centro de los objetivos de desarrollo de los países asumiendo que la verdadera riqueza de una nación es su gente. Este mensaje central, sustentado en evidencia empírica de diverso tipo, ha permitido generar todo un verdadero movimiento de debate y acción pública en el mundo que ya se sostiene por más de dos décadas. A la fecha se han publicado 25 informes mundiales y más de 800 informes nacionales, regionales y subnacionales.

Actualmente los Informes sobre Desarrollo Humano chilenos son reconocidos tanto en el contexto internacional como nacional. No en vano los Informes nacionales han sido mundialmente distinguidos en tres ocasiones al obtener el *Human Development Award* otorgado por la excelencia del análisis y el impacto en políticas públicas. En Chile, los Informes sobre Desarrollo Humano son amplia y transversalmente valorados. Por las autoridades de gobierno, por quienes están cargo del diseño e implementación de las políticas públicas, por la academia, por los centros de pensamiento, por la sociedad civil, por los partidos políticos, por el mundo empresarial.

Por todas estas contribuciones y logros, hemos querido conmemorar estas dos décadas a través de un documento que, haciendo honor a la principal vocación de los Informes Nacionales, realice una radiografía de los principales cambios y continuidades en la sociedad chilena que se desprenden de la lectura de los once Informes publicados a la fecha. A través

de este texto pretendemos impulsar un diálogo constructivo y amplio, que junto con reconocer los avances y logros alcanzados por el país durante este período, ilumine los desafíos y pendientes que como sociedad aún debemos enfrentar de cara al futuro.

Este documento es también una manera de agradecer a todas las personas que durante estos veinte años han apoyado la elaboración, difusión y uso de los Informes sobre Desarrollo Humano en Chile.

Silvia Rucks
Coordinadora Residente del Sistema de Naciones Unidas en Chile
Representante Residente del PNUD en Chile

PRESENTACIÓN DEL COORDINADOR DEL INFORME SOBRE DESARROLLO HUMANO EN CHILE

El texto que les presentamos pretende dar una mirada a las transformaciones y continuidades de la sociedad chilena a la luz de los Informes Nacionales sobre Desarrollo Humano en Chile publicados por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) por primera vez en 1996.

Los Informes son ya parte de un patrimonio de la sociedad chilena y son ustedes, sus lectores y usuarios, los que en diferentes roles y momentos nos han ayudado a construirlos y a proyectarlos de las más diversas maneras.

Esto no significa que todos estén de acuerdo con lo que en ellos se plantea. No es ese el propósito. Los informes no son un instrumento para generar consensos. Buscan plantear preguntas, antes que dar respuestas; abrir debates, antes que cerrarlos.

Lo que celebramos con este texto no es el mero transcurso del tiempo. Celebramos la persistencia de una tarea y de una forma de ejecutarla que ha permitido construir, año tras año, una mirada propia y un aporte específico. Es un proceso acumulativo de aprendizaje en el cual, con ensayos y errores, se ha ido moldeando y consolidando una manera de mirar lo social, una forma de hacer investigación, un estilo de trabajo en equipo; una manera de comunicar los mensajes y una estrategia para lograr impacto e incidencia pública.

A través de los Informes es posible trazar las principales tendencias de cambio y continuidad de la sociedad chilena durante estas últimas dos décadas. ¿Qué país se observa? En perspectiva de 20 años, Chile manifiesta un importante avance en términos de desarrollo humano. No obstante, también presenta múltiples dificultades y ambivalencias. Hoy los avances nos desafían de manera nueva. Los problemas que Chile debe solucionar son producto de sus logros anteriores. Los éxitos no implican ausencia de tensiones, sino el surgimiento de nuevos desafíos.

Si hubiese que resumir el mensaje que los Informes sobre Desarrollo Humano de Chile han hecho a lo largo de este tiempo en una sola idea, esta sería: La subjetividad importa. Importa en sí misma, porque en última instancia lo que es relevante, es lo que sucede en las vidas cotidianas de las personas y los sentidos que estas le atribuyen a esa vida; importa además porque tiene consecuencias concretas en la realidad social. Consecuencias funcionales y también de legitimidad.

Entenderla en toda su complejidad y contradicción es un desafío permanente porque la subjetividad cambia, se tensiona y evoluciona. Es también una exigencia para cualquiera que aspire a liderar la sociedad.

Los Informes han intentado aportar en los últimos 20 años a la tarea, siempre inconclusa, de analizar y estudiar esa subjetividad de los chilenos y chilenas. Esperamos por cierto, junto a ustedes, seguir aportando en el futuro.

Rodrigo Márquez
Coordinador
Informe sobre Desarrollo Humano en Chile

Investigadores/as del Área de Desarrollo Humano del PNUD a cargo de la elaboración de este documento

Macarena Orchard

Soledad Godoy

Juan Jiménez

Rodrigo Márquez

Maya Zilveti

Chile en 20 años

Un recorrido a través de los Informes sobre Desarrollo Humano

Introducción

La conmemoración de los veinte años de los Informes sobre Desarrollo Humano en Chile (en adelante, los IDH) es una gran oportunidad para reflexionar sobre el pasado, el presente y el futuro de la sociedad chilena. Queremos celebrar la existencia de los once informes publicados desde 1996 a 2016 valiéndonos de la imagen de Chile y de los chilenos y chilenas que se desprende de su lectura atenta. Pocos programas de investigación en el país tienen el privilegio de tomarle el pulso a la sociedad de manera sistemática en el tiempo y desde un marco de observación común, como lo han hecho los informes. Ello los convierte en recursos invaluableles para reflexionar sobre el devenir del país.

En efecto, más allá de los ángulos y temas específicos investigados en cada IDH, todos se han preguntado por lo que viven y sienten las personas, asumiendo como marco normativo el enfoque de Desarrollo Humano y como perspectiva analítica el énfasis en la vida cotidiana, las subjetividades y el vínculo social. Además, todos han ofrecido un diagnóstico del país. Esta forma de observar la realidad social, sumada a su solidez teórica y empírica, los ha transformado en referencia obligada en el debate nacional.

¿Qué nos dicen las subjetividades de las personas en los últimos veinte años?, ¿qué tipo de sociedad hemos construido?, ¿qué ha cambiado y qué permanece?, ¿cómo se proyecta el futuro desde esta imagen? Queremos hacer un ejercicio de memoria a partir de los informes, no para repetir lo dicho sino para contribuir a la lectura del momento actual y al debate sobre el futuro del país. Para ello, en primer lugar explicamos aquí qué son los IDH y cómo se gestan, pues conocer sus características y forma de elaboración es vital para entender por qué se pueden usar para observar la sociedad chilena a lo largo del tiempo. Luego revisamos los principales hallazgos de los IDH y cómo se conectan las distintas tesis que han planteado en estos veinte años. Concluimos sintetizando la imagen de sociedad y de individuo que observamos en estas tesis, y delineamos los desafíos que se abren para el país a partir de esta reflexión.

LOS INFORMES SOBRE DESARROLLO HUMANO EN CHILE: MÚLTIPLES OBJETOS, UNA MIRADA

¿Qué son los IDH? El mandato del PNUD

Los Informes sobre Desarrollo Humano del PNUD son investigaciones que, como su nombre indica, buscan analizar el estado de las sociedades desde el enfoque de Desarrollo Humano. Esto significa evaluar hasta qué punto cada sociedad brinda a sus individuos y grupos los soportes necesarios para realizar sus legítimas aspiraciones, metas y proyectos.

El concepto de Desarrollo Humano fue acuñado en 1990, en el primer Informe Mundial de Desarrollo Humano, dirigido por Mahbub ul Haq, y en su momento fue revolucionario, pues incorporó un nuevo acento en el debate mundial sobre el desarrollo. A partir de este enfoque se instaló la idea de que el desarrollo de un país no debe evaluarse solo en términos de sus logros económicos o el PIB, sino también por las oportunidades que ofrece a las personas para desarrollar sus proyectos de vida (PNUD 1990, 2010b). El enfoque de Desarrollo Humano, junto con los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS),¹ define el marco normativo y de acción del PNUD.

La inspiración del enfoque de Desarrollo Humano proviene del trabajo del economista y filósofo Amartya Sen, quien situó en el corazón del debate sobre la igualdad y la justicia social la pregunta por las “libertades” que tienen las personas para hacer y ser aquello que valoran. En vez de poner el foco en los medios de vida –como hace el utilitarismo, por ejemplo–, Sen lo sitúa en las oportunidades que tienen las personas para vivir las vidas que desearían vivir. Así, la lucha por la igualdad no se limita a la igualación de medios o recursos que se consideran deseables desde una definición teórica o normativa, como los ingresos económicos, sino a la igualdad de capacidades (*capabilities*), es decir, la igualdad en el plano de las libertades para ser y hacer aquello que las personas consideran valioso (Sen 1979, 2003, 2009).²

Observar la sociedad desde el enfoque de Desarrollo Humano es lo que hacen todos los IDH que se elaboran en el mundo al alero del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.³ A la fecha se han publicado 24 informes mundiales y más de 800 informes nacionales, subnacionales y regionales. Cubren diversos temas. No obstante, todos están inspirados por

¹ Los ODS son 17 objetivos que 193 naciones se comprometieron a lograr para el año 2030. La erradicación de la pobreza y el hambre en el mundo, la disminución de la desigualdad y la protección del planeta son algunos de estos ODS. Mayor información en la página:

un.org/sustainabledevelopment/es/objetivos-de-desarrollo-sostenible

² El “enfoque de capacidades” involucra múltiples matices y debates que no es el caso desarrollar aquí. Ver el ensayo seminal de Sen, *Equality of What?*, y la tercera parte de su *The Idea of Justice*. También Martha Nussbaum ha realizado grandes contribuciones a este enfoque.

³ Todos los informes –nacionales, subnacionales, regionales y mundiales– están disponibles para descarga en el sitio del PNUD (hdr.undp.org).

la misma idea simple pero poderosa que apareció en el primer Informe Mundial: la verdadera riqueza de las naciones no está en su economía sino en las personas (PNUD 1990). Estos Informes se complementan con el Índice de Desarrollo Humano, que mide y compara el estado de avance de los países en tres dimensiones: ingresos, educación y salud.⁴

La especificidad de los IDH chilenos

Siguiendo el ejemplo del primer Informe Mundial, que reimpulsó la conversación internacional sobre el desarrollo, el primer IDH nacional, publicado en 1996, inauguró una reflexión sobre el sentido del desarrollo chileno que implicó poner en cuestión la visión economicista que por entonces dominaba los análisis y debates sobre la materia.

El informe de 1996 planteó preguntas inéditas para la época; por ejemplo: “[la] medida del éxito del desarrollo nacional, ¿está siendo la erradicación de las condiciones que disminuyen la capacidad de realización personal de cada uno de los habitantes del país?” (PNUD 1996: 28). Y argumentó que aun cuando el crecimiento económico era vital para alcanzar el bienestar resultaba “insuficiente como fundamento de una nación que, como la chilena, aspira a organizar el logro de sus fines en función de las personas y de la naturaleza que las contiene” (23). El primer IDH sobre Chile discutió directamente con una visión del desarrollo caracterizada por “un economicismo que muchas veces olvida su naturaleza instrumental” (22).

Desde entonces los informes iniciaron una observación sistemática de la sociedad chilena que cuestionó la idea de que el crecimiento económico era la medida y el fin del desarrollo. El objetivo era plantear la pregunta del *desarrollo para qué, y promovido por quiénes*. Una pregunta que se nutre de un enfoque que, junto con establecer el Desarrollo Humano como horizonte normativo, incorpora como perspectiva teórica la pregunta por la *subjetividad*, sitúa como objeto de observación relevante la *vida cotidiana* e instala la importancia normativa del *vínculo social* en el logro del Desarrollo Humano. Todos estos elementos están relacionados, y son centrales para la especificidad de los IDH chilenos.

El énfasis en la vida cotidiana aparece en el primer IDH, en 1996. Ya allí se planteaba que “el Desarrollo Humano debe asumir como inspiración la vida cotidiana de las personas” (37), afirmación que inicialmente se fundaba no tanto en una elección teórica o metodológica como en la importancia normativa que se le asignaba al capital social para el logro del Desarrollo Humano. A su vez, el capital social era visto como un producto de la vida cotidiana. El informe explicaba: “Estos objetivos que la comunidad local necesita, y por los cuales se

⁴ Los ingresos se miden a través del ingreso nacional bruto per cápita, la educación por la media de años de escolaridad y años de escolarización previstos, y la salud en base a la esperanza de vida.

organiza y lucha, se transforman en los espacios de sociabilidad donde radica y crece el capital social de un país. Por eso, se puede afirmar que el Desarrollo Humano está íntimamente ligado a la vida cotidiana y a las diversas formas de solidaridad que en ella se generan” (37).

Esta preocupación por la sociabilidad y por las “formas de solidaridad” como elementos centrales del desarrollo es muy característica de los IDH chilenos, que siempre intentaron contrarrestar la lectura individualista que puede hacerse del enfoque de Desarrollo Humano. Desde muy temprano se interrogaron por la posibilidad de constitución de los “sujetos” del desarrollo, buscando ofrecer una lectura sociológicamente más compleja del enfoque. Por ello el IDH 1996 afirmaba que “en la perspectiva del Desarrollo Humano, la persona –en su doble carácter, individual y social– es la condición histórica central del proceso de creación y desarrollo” (28). Tras esta idea estaba la convicción de que solo actuando en conjunto las personas devienen sujetos y beneficiarias del desarrollo, una idea que se profundiza en los IDH posteriores.

El énfasis en la vida cotidiana, entonces, emerge de la relevancia que los IDH chilenos otorgan a los vínculos sociales como fuente para el desarrollo sostenible. Más tarde se profundizará gracias a la herencia teórica de Norbert Lechner, quien se une al equipo de investigadores de los IDH nacionales en 1997. Para Lechner, la vida cotidiana era relevante porque en ella ocurre “una cristalización de las contradicciones sociales que nos permiten explorar en la ‘textura celular’ de la sociedad algunos elementos constitutivos de los procesos macrosociales” (2006: 377). Y por ello la vida cotidiana debía ser el espacio privilegiado de observación de la sociedad.

Lechner además le otorgó un estatus especial al estudio de la subjetividad. Es decir, al análisis de lo que sienten y piensan las personas, sus miedos y esperanzas. Pensaba que observar la subjetividad era la ruta adecuada para dar respuesta a muchas de las interrogantes que se abrían sobre la modernización chilena a fines de los años noventa. Esta convicción se expresó muy claramente en los IDH que contaron con su participación –los de 1998, 2000, 2002 y 2004–, y luego se incorporó al acervo teórico de los informes.

Así, los IDH chilenos han afirmado la importancia política de considerar la subjetividad y han recalcado que es una variable “dura”, que no solo es reflejo de cambios estructurales o institucionales sino que también crea realidad. Decía Lechner: “La subjetividad importa. No sabemos cuánto ni cómo, pero la vida nos enseña que ella es tan real y relevante como las exigencias de la modernización socio-económica. Solo si nos hacemos cargo de la tensión existente entre la racionalidad propia a la modernización y la subjetividad de las personas, podemos hacer de los cambios en marcha un desarrollo humano” (2006: 509).

Que los informes hayan puesto el foco en la subjetividad y afirmado su relevancia política fue en aquella época una apuesta osada, que implicó una ruptura con la tradición más estructural e institucionalista de los diagnósticos sobre la sociedad chilena que se elaboraban en los noventa. Ese fue uno de sus grandes aportes, y también la causa de algunas de las críticas que los informes legítimamente han recibido.⁵

La apuesta reportó abundantes frutos, pues permitió plantear tesis que renovaron la mirada sobre el país. Los IDH añadieron un matiz de ambivalencia a la afirmación, habitual en la época, de que la modernización chilena estaba siendo materialmente exitosa, al mostrar las tensiones entre ese proceso y las emociones de las personas, sus temores y expectativas. La interpretación de los IDH suscitó un intenso debate y no fueron pocos los que acusaron a los IDH de hacer escasa justicia a los méritos de la modernización.

A este respecto, es importante mencionar que todos los IDH han reconocido los avances que el país ha experimentado a lo largo de los años: muestran las ambigüedades y tensiones asociadas a estos avances, pero no los desconocen. En segundo lugar, los IDH no niegan el peso de los factores estructurales en la producción de la realidad social. Enfatizar los elementos subjetivos es una opción teórica y metodológica, que se justifica en la necesidad de aportar una mirada distinta y complementaria al debate sobre Chile. Por último, el modelo teórico de los Informes ha ido incorporando nuevos énfasis con el tiempo, y sigue abierto a perfeccionamientos.

Estos cambios han aportado al afinamiento de su marco analítico, por ejemplo en el desarrollo del concepto de individualización (IDH 2000 en adelante), el trabajo en torno a la noción de cultura (IDH 2002 en adelante), el estudio de las elites (IDH 2004 en adelante), el giro hacia el estudio de las prácticas (IDH 2009 en adelante), la complejización del concepto de agencia y su vinculación con el proyecto de vida (IDH 2012 en adelante), la elaboración de un concepto bidimensional de bienestar subjetivo, que integra lo individual y lo social (IDH 2012) y la distinción entre la política y lo político (IDH 2015).⁶

La particularidad de la perspectiva teórica de los IDH chilenos permite que aun cuando los temas varíen la “mirada” no cambie, y por ello es posible hacer una lectura continuada en el

⁵ Parte de estas críticas quedaron registradas en la evaluación sobre el impacto de los IDH en Chile que fue coordinada en 2006 por el sociólogo Claudio Ramos. Ver http://sociologia.uahurtado.cl/wp-content/uploads/2012/01/C.Ramos_IMPACTO_PNUD_EN_CHILE.pdf.

⁶ Estos movimientos teóricos se han desarrollado gracias al trabajo de destacados profesionales de las ciencias sociales chilenas, que han participado en la elaboración de los informes. El equipo de Desarrollo Humano en Chile ha tenido cinco coordinadores (Fernando Calderón, Eugenio Ortega, Pedro Güell, Pablo González y Rodrigo Márquez) y más de treinta investigadoras e investigadores. Además, diversos profesionales y organismos han realizado consultorías específicas. El listado de personas y organismos que han participado se reconoce debidamente en cada uno de los IDH.

tiempo de sus hallazgos. La clave radica en que los IDH involucran un modelo de observación que trasciende el objeto de estudio. Además de ofrecer un diagnóstico del país en el momento en que se escriben, invitan a mirar Chile dentro de un marco normativo común (el enfoque de Desarrollo Humano) y una perspectiva teórico-metodológica común (el foco en la vida cotidiana y la subjetividad).

En estos veinte años de los IDH chilenos se han desarrollado investigaciones en once temas: desigualdades territoriales (IDH 1996), seguridad humana (IDH 1998), sociabilidad y aspiraciones (IDH 2000), cultura e identidad (IDH 2002), el poder (IDH 2004), nuevas tecnologías (IDH 2006), ruralidad (IDH 2008), las prácticas o la manera de hacer las cosas (IDH 2009), género (IDH 2010), bienestar subjetivo (IDH 2012) y politización (IDH 2015); un duodécimo tema hoy en preparación es el territorio.⁷ A pesar de la diversidad de materias investigadas, los IDH siempre han ofrecido una suerte de mapa de las subjetividades de las personas a la luz de cada una, y por ende hay preguntas que reaparecen en todos los informes: qué sienten las personas, cuáles son sus referentes identitarios, cuál es su experiencia cotidiana de sociedad, cuál es su mirada sobre las elites, entre otros aspectos. Además, todos los informes chilenos han iluminado aspectos de las transformaciones socioculturales de la sociedad chilena, y han intentado rastrear sus motores y ambivalencias. Por ello es que pueden leerse de dos maneras: cada Informe por separado, como investigaciones autocontenidas que responden a problemas específicos, o en conjunto, como una serie que narra en varios capítulos una historia de las subjetividades y de las tensiones entre las personas y el proceso de modernización del país.

Cómo se construyen los IDH

Los IDH son el resultado de un sólido trabajo teórico y empírico de cerca de dos años de duración. En el plano teórico, se nutren de variados aportes de las ciencias sociales, que se vuelcan en un lenguaje preciso pero simple para que sean comprendidos por la mayor cantidad posible de lectores. Y, aunque la elaboración conceptual no es una función primaria de los IDH, se les reconoce que han realizado aportes en esta área. Además, han contribuido a la vinculación teórica de muchos de estos conceptos con el enfoque del Desarrollo Humano. Con todo, y como se verá más adelante, no son propiamente investigaciones académicas.

En el plano metodológico, los IDH siempre han tenido una preocupación por la innovación, y fundamentalmente por la triangulación de metodologías. Las principales tesis suelen emerger

⁷ Tres IDH chilenos han sido premiados con el Human Development Award que otorga la Oficina Mundial del Informe sobre Desarrollo Humano. El IDH 2000, *Más sociedad para gobernar el futuro*, fue reconocido por su excelencia en el análisis. El IDH 2002, *Nosotros los chilenos: Un desafío cultural*, fue premiado por la excelencia de sus innovaciones en materia de conceptos y mediciones de Desarrollo Humano, y el IDH 2012, *Bienestar subjetivo: El desafío de repensar el desarrollo*, obtuvo el premio de impacto y participación de las comunidades en el proceso de elaboración.

a partir de la triangulación de datos que se obtienen de metodologías tanto cualitativas como cuantitativas, lo que incluye una diversidad de técnicas y estrategias de análisis, como grupos de discusión, entrevistas, encuestas, análisis de discurso, análisis narrativo y análisis de redes, entre otras.

La mirada de los informes es comprensiva precisamente porque articula información en varios niveles: el del lenguaje, el de los sentidos y el de las estructuras. Así, han sido capaces de explicar paradojas que revelan, por ejemplo, los datos cuantitativos con tesis que emergen de la lectura atenta de datos cualitativos. Tesis que han llegado a ser centrales en la historia de los informes, como la del “miedo al otro” (IDH 1998), se consolidan a partir del análisis de datos cualitativos procedentes de una serie de grupos de discusión y permiten explicar la distancia que muestran los datos cuantitativos entre indicadores objetivos de seguridad e indicadores subjetivos de inseguridad. Otro ejemplo: la tesis cualitativa de la “individualización de los referentes de felicidad” en el IDH 2012 ayuda a explicar la coexistencia de un elevado bienestar subjetivo individual y el malestar social que reveló la encuesta del Informe.

Como se dijo ya, los IDH siempre ofrecen un diagnóstico del país a la luz del tema que investigan. Eso implica elaborar una tesis sobre “el momento país”, que se gesta en varios meses de reflexión. Para ello es fundamental desarrollar un diálogo amplio con actores tanto del Gobierno como del mundo político, el mundo económico, el mundo académico y la sociedad civil. De hecho, todos los informes cuentan con un Consejo Consultivo diverso con el cual se discuten los diagnósticos elaborados. Además hay instancias de debate con numerosos consultores y colegas, tanto del PNUD como externos. Este diálogo permanente asegura la pertinencia y calidad de los diagnósticos, y aumenta la posibilidad de interpelar a múltiples públicos.

Luego de la fase de investigación viene la etapa de construcción final de los informes, en la cual los investigadores elaboran las tesis y los mensajes más importantes y los vuelcan por escrito en un relato extenso y estructurado, que luego se publica en papel y en digital para que esté al alcance de toda persona interesada. En esta fase se juega el principal objetivo de los informes: *generar conversaciones*. Así es, los IDH aspiran por sobre todo a abrir conversaciones que sean fructíferas en el marco de la deliberación democrática. Por ello es que no son investigaciones estrictamente académicas, aunque exhiben una solidez teórica y empírica, y tampoco un recetario de políticas públicas, aunque sí buscan elaborar diagnósticos. La elaboración de propuestas no es su vocación principal, lo que a veces dificulta la recepción de sus mensajes entre quienes esperan recomendaciones concretas de carácter técnico.

Una de las vocaciones más claras de los IDH ha sido la interpelación. Los informes se caracterizan por detectar problemas o tensiones que atraviesan a la sociedad chilena y que requieren un involucramiento activo de parte de sus miembros para resolverse. En todos hay un riesgo que se enuncia y una oportunidad que se abre. Y en ese marco, cada IDH ha involucrado una interpelación directa al mundo de la política institucional y también al ámbito de lo político, esto es, aquello que una sociedad define como socialmente decidible y que corresponde al campo de la autodeterminación social.

Ya en el IDH 1996 se afirmaba que era esencial “revalorizar la política como actividad que ordene una nueva relación entre el Estado, la sociedad y la economía” (PNUD 1996: 24), lo que reiteran una y otra vez los siguientes informes. Esta apelación, herencia intelectual de la obra de Lechner –baste recordar su reflexión permanente en torno de la “conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado”– se asocia también a Eugenio Ortega, primer coordinador de los IDH chilenos, quien colaboró en este anhelo de situar la política en el corazón de los informes. Fundados en ambas herencias, y en lo que muestran sus diagnósticos, todos los IDH han dedicado entre sus mensajes un llamado a producir más y mejor política para Chile. Recientemente, en el IDH 2015, ese llamado incluye ampliar los límites de la participación para dar cabida a formas no institucionales de ejercicio de la ciudadanía.

Por eso el último informe, aunque reconoce sus riesgos y ambivalencias, celebra la “politización” de la sociedad chilena, y llama directamente a promover la deliberación pública y potenciar la subjetivación política de los individuos (PNUD 2015a). Esto implica, entre otras cosas, “apreciar el rol del conflicto” y “revalorar el papel de la utopía”. Después de todo, ¿cómo se constituyen los sujetos del desarrollo si no es a través de lo político?

Una vez que los mensajes han sido delimitados y ha concluido el trabajo de escritura y producción viene la etapa de difusión, que suele ser tan determinante como la etapa de escritura. Una aspiración importante del equipo IDH ha sido llegar a la mayor cantidad de públicos posibles. Todas las audiencias son importantes, pues todas las personas están convocadas a la construcción del desarrollo. En estos veinte años se han realizado más de quinientas presentaciones, en reparticiones públicas como municipalidades, subsecretarías y Ministerios; en organismos no gubernamentales y en organizaciones de la sociedad civil; en universidades y centros de pensamiento, entre otros lugares. En ellas el equipo IDH se reunió con audiencias de muy diverso tipo: representantes de movimientos y colectivos sociales, estudiantes de pregrado y posgrado, académicos, alcaldes, diputados, senadores, y los Presidentes de Chile. Además, ha establecido alianzas de trabajo conjunto con instituciones públicas con el objetivo de traducir los resultados de los IDH en acciones concretas, lo que ha

sido esencial para consolidar su impacto.⁸ Por último, se hace un esfuerzo de difusión con un plan de medios que contempla apariciones en prensa escrita, televisión y radio, así como la elaboración de textos académicos que profundizan en aspectos teóricos o empíricos de los informes.⁹

En síntesis, los IDH chilenos son ante todo una invitación. Una invitación a conversar sobre el país que queremos construir, una invitación a soñar con el desarrollo que queremos. Como veremos en la próxima sección, muchos de los riesgos y las oportunidades que los informes han detectado en estos veinte años han cambiado, pero otros han permanecido. Por lo mismo, muchos de los mensajes que los informes han intentado transmitir en sus once ediciones están hoy más vigentes que nunca. Volvemos entonces a extender la invitación: ¿qué desarrollo, para qué sujetos? La pregunta queda planteada.

CHILE EN VEINTE AÑOS: OCHO TESIS SOBRE PERMANENCIA Y CAMBIO

¿Cuál es la imagen de la sociedad que se desprende de una lectura atenta de los IDH chilenos?, ¿qué ha cambiado, qué permanece? A continuación presentamos ocho tesis sobre Chile que se dibujan a lo largo de los informes, para dar cuenta de los principales nudos de continuidad y cambio que se perfilan en los últimos años y así promover un diálogo sobre el presente y el futuro del país. Esta imagen no pretende ser exhaustiva porque se restringe a los elementos de la sociedad chilena que han sido observados por los IDH de manera continua; sin embargo, estamos convencidos de que contribuyen a iluminar la discusión sobre el presente y el futuro de Chile.

1 Chile es un país desafiado por sus éxitos: nuevos pisos crean nuevos techos

Desde sus inicios, los IDH han destacado los avances de Chile, tanto en el plano económico como en su entramado institucional y cultural. El primer IDH (1996), por ejemplo, enfatizó el logro que implicaba alcanzar uno de los resultados más altos de América Latina en el Índice de Desarrollo Humano.¹⁰ Allí además se evidenció el fortalecimiento de la capacidad

⁸ Por ejemplo, el Proyecto Educación y Desarrollo Humano, que existe desde 2005 en conjunto con el Ministerio de Educación; el proyecto Infancia y Desarrollo Humano con el Consejo Nacional de la Infancia a partir de 2014, la colaboración con el Ministerio de Energía durante 2015 y la sistematización de la etapa participativa del debate constitucional durante 2016, entre otros.

⁹ Además se han producido videos cortos con el fin de llegar a públicos más amplios. La mayoría de estos materiales puede encontrarse en desarrollohumano.cl.

¹⁰ Según el Informe Mundial de Desarrollo Humano del año 2016, el índice de Chile aumentó de 0,700 en 1990 a 0,847 en 2015. Esto se debió a que en ese lapso la esperanza de vida creció cerca de diez años, la media de escolaridad en adultos aumentó casi dos años y los años esperados de escolaridad de los jóvenes aumentó en más de tres años. El Ingreso Nacional Bruto per cápita creció en un 149%.

institucional, económica y de acción colectiva durante las últimas décadas, y demostró que los logros en materia económica efectivamente se estaban traduciendo en beneficios para las personas.

Los siguientes IDH continuaron relevando los éxitos del país en el plano de los indicadores objetivos, y particularmente los avances en materia económica (1998, 2004, 2012 y 2015). Por ejemplo, el IDH 1998 destacó que Chile había mantenido una alta tasa de crecimiento y reducido la inflación y la cesantía a niveles históricos; que durante los últimos diez años había más que duplicado sus ingresos per cápita, disminuyendo la pobreza e incrementando el Desarrollo Humano; además, registró una preocupación creciente del Estado por grupos vulnerables como los adultos mayores, los discapacitados, los jóvenes y las jefas de hogar, lo que se tradujo en diversos apoyos estatales.

Pero los cambios y avances relevados no se restringen a indicadores objetivos. Los IDH han explorado y destacado profusamente las transformaciones en las subjetividades de las personas que amplían sus capacidades para ser agentes de sus vidas. El IDH 2000, por ejemplo, mostró que Chile mantiene una trama de asociatividad y capital social que refleja la consolidación de capacidades relevantes para la cooperación social.

Asimismo, el IDH 2002 registró importantes niveles de individualización en la sociedad chilena, y cómo este fenómeno se estaba traduciendo en un incremento de las capacidades de las personas para elegir el tipo de vida que desean, lo cual, desde el enfoque de Desarrollo Humano, representa un avance sustantivo. El IDH 2004 reveló el “nuevo piso” de oportunidades alcanzado por el país, y cómo las personas empezaban a exhibir un mayor optimismo ante el futuro, en relación con informes anteriores. La expansión de bienes materiales explicaba parte importante del optimismo: en términos de infraestructura, comunicaciones, acceso al consumo, entre otros, Chile era un país muy distinto que el de diez años atrás. Ese optimismo se complementaba con un menor temor al conflicto y con la sensación de que las personas tenían mayores libertades y más capacidades para demandar sus derechos. En 2008, el Informe sobre Chile Rural mostró cómo la ruralidad ya no podía ser vista como sinónimo de retraso. Que los seis millones de personas directa o indirectamente involucrados en sistemas territoriales picisilvoagropecuarios reconocían la llegada del progreso en esos espacios lo cual constituye un nuevo piso de oportunidades, por supuesto no exentos de pendientes y desafíos. También el IDH 2009 demostró que la sociedad chilena gozaba de nuevas oportunidades económicas, políticas y culturales; por ejemplo, se habían registrado movilizaciones emblemáticas, como las de los estudiantes secundarios y los trabajadores subcontratistas, y el sistema democrático había evidenciado capacidad de procesarlas.

Luego el informe del 2010 destacó la alta valoración de la sociedad chilena a la igualdad de género, el incremento durante las dos últimas décadas de la incorporación de la mujer al mercado laboral y su creciente presencia en las esferas del poder. Asimismo, el IDH 2012 mostró que en términos generales el bienestar subjetivo individual de los chilenos y chilenas es más bien alto, y que había experimentado una mejora significativa en el tiempo. La mayoría de las personas considera que su vida es hoy mejor que hace diez años, lo que se traduce en optimismo respecto de la vida personal. Por su parte, el IDH 2015 destacó una mayor apertura al cambio, un interés creciente de las personas por los temas públicos y la valoración de formas directas y horizontales de toma de decisiones.

Como se aprecia, a lo largo de su trayectoria los IDH han valorado constantemente los logros de la modernización y de la transición a la democracia. Pero también han sido insistentes en mostrar que muchos de estos éxitos generan nuevos desafíos. En primer lugar, porque a pesar de los avances antes mencionados, persisten desafíos importantes en esta materia, algo que se ha destacado desde el primer informe: ya en 1996 se advertía que cuando el Índice de Desarrollo Humano se corrige por desigualdad Chile baja varios lugares en la clasificación internacional, y esa realidad no ha cambiado. Y no solo la desigualdad de ingresos, también las desigualdades de género y la territorial han sido expuestas por los IDH, especialmente los de 1996 y 2010. Este último, por ejemplo, muestra que, si bien Chile ha hecho avances en materia de igualdad de género en los últimos años, persisten en este ámbito algunos núcleos duros de desigualdad; lo revela el hecho de que, a pesar del mencionado aumento de la incorporación de la mujer al mercado laboral, Chile exhibe una de las tasas más bajas de participación laboral femenina de América Latina (PNUD 2010a: 37).

En segundo lugar, los IDH han mostrado que los éxitos “objetivos” del proceso modernizador no siempre tienen un correlato con las apreciaciones subjetivas de estos éxitos. Así, el IDH 1998 describía a Chile como “un país con un notable desarrollo económico, donde la gente no se siente feliz” (52), “infelicidad” que ese informe explicó en base a la percepción de inseguridad e incertidumbre en ámbitos centrales de la vida cotidiana como la delincuencia o la enfermedad, entre otros aspectos. Así se inauguró la reflexión sobre el malestar en la sociedad chilena, un malestar que se asoció en parte a la erosión de los vínculos comunitarios y que corroboró la idea de que la integración sistémica no asegura por sí sola la integración social.

Que las oportunidades comportan nuevos desafíos quedó muy claro en el cambio de tono que se registra una década después, en los IDH 2008 y 2009. En el primero, abocado al mundo rural, se mostró cómo las personas reconocían el nuevo piso de oportunidades pero a la vez tenían la sensación de que existía un “techo” para sus aspiraciones. La constatación de que en el mundo rural las personas sentían que se puede sobrevivir pero no “surgir” marcó la

reflexión. El IDH 2009, registró una percepción similar: aun cuando las personas apreciaban mucho los cambios experimentados por Chile en los últimos años, empezaban a dudar de que se concretaran nuevos cambios. “El piso de desarrollo alcanzado ha ampliado el horizonte de posibilidades y de expectativas”, se constataba, y como consecuencia la imagen del futuro empezaba a verse plana. El informe se preguntaba si “¿podremos cambiar o el piso se convertirá en techo?” (PNUD 2009: 31).

Vinculado con ello, y junto con reconocer las nuevas oportunidades económicas, políticas y culturales en el país, el mismo informe indagó en la posibilidad que tienen las personas para obtener el mayor provecho de estas oportunidades a partir de las capacidades instaladas; entonces, la inercia en las “maneras de hacer las cosas” apareció como un desafío relevante. El IDH 2012 confirmó esa preocupación engarzando la realidad nacional con el debate internacional, mostrando cómo la conversación mundial sobre el desarrollo ha cambiado y viejas preguntas vuelven a tener relevancia, como la pregunta por la “felicidad”.

El informe interpreta este interés en la felicidad, así como el ciclo de manifestaciones sociales que surgió en todo el mundo durante 2011, como síntomas diversos de un mismo fenómeno: el que las “otras dimensiones del desarrollo”, más allá de la economía, se han vuelto más importantes que nunca. En el caso chileno, las demandas de los ciudadanos son nuevas, y el sistema institucional parece incapaz de procesarlas. Chile experimenta un “importante desencuentro entre los cambios de la vida social y su procesamiento institucional” (PNUD 2012: 302).

El IDH 2015 corona esta reflexión anunciando un proceso de politización de la sociedad chilena, una de cuyas características es que ocurre “en un país que no está estancado sino que, por el contrario, exhibe una positiva trayectoria de desarrollo” (PNUD 2015a: 33). El éxito económico, entonces, no es sinónimo de ausencia de tensiones o desafíos. Los avances materiales y culturales de la sociedad chilena conforman nuevos “pisos”, y estos siempre instalan la exigencia de nuevos futuros. El momento presente no es la excepción.

2 La desconfianza y la debilidad del nosotros colectivo

Desde sus orígenes, los IDH han mostrado preocupación por la debilidad de los lazos sociales en Chile, más allá del ámbito primario –las relaciones de familia y amistad–, donde sí suelen observarse vínculos sólidos. Como se señaló más arriba, la importancia de contar con una sociedad fuerte para el logro del Desarrollo Humano es un énfasis normativo que los informes instalan y remarcan con persistencia.

Ya en el primer informe se plantea la preocupación por la “trama social chilena”, motivada en un comienzo por un problema teórico. En aquella época se planteaba que la “reconstitución del lazo social y de una cultura de la solidaridad” (PNUD 1996: 22) es una tarea esencial de cualquier sociedad moderna, dado que el mercado puede asignar recursos de manera eficiente pero por sí mismo no asegura la producción de orden social. El informe presume entonces que Chile, dado su acelerado proceso de modernización, debe estar desafiado en el ámbito de la sociabilidad, pero no lo confirma de manera empírica. Esto ocurre en el IDH 1998, que analiza en detalle la trama subjetiva de la modernización chilena y plantea que la sociedad está atravesada por el “temor al otro”, cuyo síntoma más evidente es el temor exacerbado al delincuente, pero que no se agota allí; de hecho, no se condice con la tasa objetiva de criminalidad que presenta el país. El miedo al otro obedecería a una causa más profunda asociada a la “debilidad del nosotros colectivo”: los chilenos y chilenas no confían en los demás.

A raíz de este hallazgo, la sociabilidad se transforma en el foco empírico del IDH 2000, que investiga en detalle la conformación, dinámica y densidad del capital social en Chile, y concluye que el país tiene capacidades instaladas en el ámbito del capital social, pues los niveles de asociatividad no son bajos, pero que la sociabilidad en Chile se caracteriza por lazos débiles y flexibles en vez de fuertes y sostenidos, lo que genera dudas sobre la sustentabilidad del Desarrollo Humano. El informe advertía que solo “la sociedad que se piensa, se realiza y se determina a sí misma como un orden colectivo es la que, en definitiva, tiene la capacidad de construir un Desarrollo Humano que sea sustentable” (PNUD 2000: 49).

De esta forma, el IDH 2000 deja planteada la pregunta por el “nosotros”: ¿existe en Chile una imagen del nosotros colectivo? Esta pregunta es profundamente normativa, y se responde en el IDH 2002, que analiza el imaginario en torno a “lo chileno”. Plantea que los imaginarios tienen un papel central en el Desarrollo Humano pues “no hay sociedad sin relato de sí misma” (PNUD 2002: 38). Los resultados fueron muy preocupantes: se confirma la gran “debilidad del nosotros”, la ausencia de un relato común o la imagen de un futuro compartido. Esta debilidad se asocia a distintos factores, pero la desigualdad, y particularmente la segregación, tienen un rol importante en ella. Así, el IDH 2002 elabora la tesis de la “diversidad disociada”, que sostiene que al inicio del nuevo milenio se multiplica la diversidad de estilos de vida de las personas, pero hay muy pocos puentes de comunicación entre ellos.

La debilidad del nosotros y su expresión más obvia, la desconfianza, serán el telón de fondo de los siguientes informes. Aunque la sociabilidad no vuelve a ser el foco empírico, las series comparadas muestran que la fractura relacional se mantiene. Por ejemplo, se observa que la confianza en las personas sigue siendo muy baja, aunque afortunadamente en los últimos

años hay signos de un leve aumento; aun así, más de la mitad de los chilenos y chilenas sigue creyendo que no se puede confiar en las personas. Esto repercute en la debilidad de la sociedad civil, fenómeno que se tematiza con fuerza en el IDH 2004 y hace dudar de las capacidades de acción colectiva de las personas. También dificulta el cambio: el IDH 2009 destaca cómo la desconfianza dificulta el cambio de prácticas y limita las capacidades de la sociedad chilena para resolver los problemas de “nueva escala” que le impone el desarrollo.

El panorama es aún más complejo al analizar la relación de la ciudadanía con las elites e instituciones. A fines de los noventa los IDH enfatizaron el problema de la desconfianza en el nivel de los vínculos horizontales. Los recientes Informes muestran que la desconfianza se extiende a la relación entre ciudadanos y elites, y en particular entre ciudadanos e instituciones. El IDH 2012, cuyo foco fue el bienestar subjetivo de la población, usó los indicadores de desconfianza en las instituciones para argumentar que en Chile existe un gran malestar subjetivo con la sociedad. El IDH 2015, por su parte, sostiene que la desconfianza entre elites, movimientos sociales y ciudadanía explica en parte la ambigüedad del proceso de politización.

La desconfianza es, entonces, un rasgo central la sociedad chilena, que, aunque disminuye levemente en el plano horizontal, se expande y consolida en la relación entre los ciudadanos y las elites e instituciones.

3 La mayor autonomía para construir proyectos de vida y la debilidad de los soportes sociales para concretarlos

Otro de los focos clave de observación de los IDH chilenos ha sido el proceso de individualización, propio de la constitución de “individuos” en las sociedades modernas, mediante el cual las personas redefinen su relación con la tradición y las normas heredadas y se transforman ellas mismas en los referentes de sus vidas.

Los IDH investigan los rasgos particulares de la individualización en Chile desde el IDH 2000, ocasión en que se analiza el contenido de los sueños y las aspiraciones de las personas. Uno de los hallazgos centrales de ese informe es que los sueños de los chilenos y chilenas son marcadamente individuales, por lo que existiría un “bloqueo de los sueños colectivos” y una “individualización acompañada de privatización”, en que las personas ganan autonomía individual pero a costa de retraerse de los ámbitos sociales.

En el IDH 2002, este hallazgo se profundiza y se muestra con precisión la ambivalencia de la individualización: por un lado, promete mayor libertad y autonomía a los individuos, pero por

el otro aumenta su agobio e incertidumbre. El informe plantea además que los recursos para elaborar la individualización se encuentran muy desigualmente distribuidos en la población: “Las diferentes capacidades individuales para la autorrealización constituyen una de las más relevantes y menos analizadas desigualdades sociales” (PNUD 2002: 20), advertía.

Esta desigualdad es problemática, pues cualquier proyecto de vida exitoso requiere soportes sociales que le den sustento. Los datos son preocupantes, pues muestran que para muchas personas la sociedad no representa un soporte sino un límite, y como consecuencia conforman su identidad al margen o incluso en oposición a la sociedad. Se plantea entonces la paradoja de la “individualización asocial”, en la que, “mientras, por un lado, la sociedad estimula cada vez más a los individuos a construir sus propios proyectos de vida, por el otro el entorno diario limita su capacidad para la realización individual que la misma sociedad proclama” (PNUD 2002: 21).

La individualización de la sociedad chilena es un proceso progresivo, que se confirma en las series temporales de los informes y que estos celebran en tanto promete mayor autonomía y autodeterminación, pero a la vez observan con preocupación el carácter particular que la individualización adquiere en Chile. Los siguientes IDH analizan diversas aristas de este proceso y muestran cómo los individuos transforman su mundo cercano, fundamentalmente sus familias, y a sí mismos en el referente de sus proyectos de vida, y cómo, paralelamente, la sociedad se vuelve un referente débil para ello. Por ejemplo, el IDH 2004, que analiza los imaginarios del poder en Chile, revela que las personas entienden el poder sobre todo como un medio de realización de proyectos individuales o un medio de realización personal, más que un medio de acción colectiva. La individualización asocial se mantiene e invisibiliza de modo preocupante la importancia de los recursos sociales en el logro de los proyectos de vida, lo que deriva, por ejemplo, en la autorresponsabilización por los éxitos y fracasos personales.

El IDH 2009 dejará en evidencia los límites de la construcción biográfica sin soportes sociales, especialmente en la experiencia de jóvenes y mujeres. La conclusión es clara: sin soportes sociales, los proyectos biográficos producen agobio, se frustran o, como se verá en el IDH 2012, ni siquiera se imaginan. El IDH 2012 revela que en Chile la desigualdad de los proyectos de vida es más aguda de lo que diagnosticaba el IDH 2002: no solo los soportes sociales, sino que la capacidad misma de diseñar o incluso soñar un proyecto de vida está desigualmente distribuida entre la población.

Una de las consecuencias de esta individualización asocial es la ausencia de la sociedad como horizonte de sentido. Esta es la explicación que ofrecen los IDH para un fenómeno que las encuestas de Desarrollo Humano de diversos años vienen mostrando hace mucho tiempo: la

separación que se produce entre la evaluación de la vida privada y la evaluación de la vida social: “... satisfechos consigo mismos pero molestos con la sociedad: ese parece ser el signo de la subjetividad de un sector importante de la sociedad chilena. ¿Qué hay detrás de esta aparente paradoja?” (PNUD 2012: 295). La respuesta es lo que este informe llama la “individualización de los referentes de felicidad”: las personas evalúan su vida privada en función de logros individuales, y no incorporan en esta evaluación el juicio que realizan sobre la sociedad.

Luego, el IDH 2015 sostendrá que la consecuencia de esa paradoja es sobre todo política. Los individuos consideran que el desarrollo de sus vidas se debe fundamentalmente a sus propios méritos y esfuerzos, y no consideran el papel de la sociedad y la política en ello: “... hay una especie de desesperanza adaptativa que revela un aprendizaje doloroso: el único sostén de la propia vida es el esfuerzo personal, el trabajo cotidiano, el sacrificio diario. No hay deudas ni reciprocidad hacia la política, precisamente porque esta no es una aliada en la vida” (PNUD 2015a: 118). Lo grave de esta percepción es que “invisibiliza el rol de la sociedad, y en particular de la política, en la creación de los escenarios y recursos con los que el esfuerzo individual puede desplegarse con mayor o menor éxito” (118).

Por lo tanto, el carácter de la individualización en la sociedad chilena niega el rol de la sociedad y obstaculiza el despliegue de lo político. Un individuo que no reconoce el rol de la sociedad en sus proyectos de vida, será difícilmente convocado desde una apelación a lo colectivo: ¿para qué construir proyectos comunes cuando el único referente de sentido es lo que me pasa a mí?

4 La persistencia de la inseguridad humana

Uno de los conceptos más interesantes que los IDH han aportado al debate sobre la sociedad chilena es el de “seguridad humana”. Se acuñó en el IDH mundial de 1994, y los IDH chilenos lo transformaron en objeto de observación empírica en 1998. Este concepto alude a los mecanismos de seguridad de que disponen las personas, y su relevancia se fundamenta en la importancia que tienen las certezas en la construcción del Desarrollo Humano. Una condición básica de cualquier existencia social es “la construcción de un entorno de certidumbres y seguridades compartidas que haga posible la participación, la cooperación, la confianza y también el procesamiento de los conflictos” (PNUD 1998: 58).

La operacionalización empírica de la seguridad humana dio cuenta del nivel de seguridad y certeza que las personas tenían frente a eventos relevantes de su vida cotidiana, en seis ámbitos: las amenazas de la delincuencia, el desempleo, la enfermedad, la previsión para la

vejez, la ausencia de sociabilidad y la falta de información. Con datos de la Encuesta CEP-PNUD de 1997 se elaboró el “índice de seguridad humana subjetiva”, para ver la percepción que tenían las personas sobre contar con mecanismos de defensa para afrontar las amenazas en estos seis ámbitos. Los resultados del índice demostraron que los niveles subjetivos de seguridad humana en Chile eran muy bajos, y que contrastaban con niveles objetivos bastante mayores en varios de esos ámbitos.

Es decir: además de la desconfianza en el nivel de la sociabilidad, que ya había sido retratada en 1996, se constataba que las personas se sentían profundamente inseguros frente a las amenazas de la vida cotidiana. Esta inseguridad estaba estratificada: las personas de menos recursos económicos también sentían menor seguridad. De todas formas, en términos globales el nivel de seguridad humana subjetiva era muy bajo.

Aquel fue un hallazgo clave del IDH 1998 que dio fuerza a la tesis empírica del malestar. Este índice develaba que los avances objetivos del desarrollo chileno no se traducían en mayores certezas en las vidas cotidianas de las personas. Lamentablemente, esto parece no haber cambiado. Catorce años después, en el IDH 2012, se realizó una versión reducida del índice de seguridad humana subjetiva en la población, con datos de la encuesta de Desarrollo Humano 2011,¹¹ y se vio que la seguridad humana subjetiva en Chile había aumentado muy levemente. El índice, cuyo mínimo teórico es 0 y su máximo es 1, alcanzaba un promedio de 0,33 en 1997 y de 0,39 en 2011 (PNUD 2012: 196). En ese período se aprecia solo un aumento significativo de la seguridad en el ámbito de las pensiones en mujeres de menores ingresos. Los ámbitos de inseguridad más fuerte seguían siendo la delincuencia y la enfermedad, y hay ámbitos en que la inseguridad aumenta para ciertos grupos de la población, como la inseguridad previsional en la clase media. Se desprende entonces que, si la inseguridad es expresión del “malestar”, este no ha disminuido.

5 El tránsito del malestar difuso al malestar activo

Uno de los aportes centrales de los IDH a la reflexión sobre la sociedad chilena ha sido instalar la pregunta sobre el “malestar”. Ello ocurrió en 1998, a partir precisamente de los indicadores de inseguridad mencionados. En aquella época, se describía como un “malestar difuso y mudo que no es fácil de explicar” (PNUD 1998: 50), y se argumentó que obedecía a una distancia entre los procesos de modernización acelerada y las capacidades subjetivas y sociales para procesarlos.

¹¹ El índice que se replica en el IDH 2012 incorpora solo 4 de las 6 dimensiones originales: seguridad, empleo, salud y previsión. Para que la comparación fuera correcta, se reconstruyó también el IDH de 1998.

El malestar se entendía como un rasgo inherente de cualquier sociedad moderna, pero también como un rasgo particular de la modernización chilena. Una modernización exitosa en el plano económico, que sin embargo, producto de su implementación, estaría caracterizada por “la no complementariedad entre el desarrollo o modernización de los sistemas funcionales y el desarrollo de la subjetividad de las personas” (PNUD 1998: 112). Así, lo que habría en Chile sería un “déficit de integración social”, que se expresaba en distintos temores: el temor al otro, el temor a la exclusión (a la no pertenencia) y el temor al sin sentido (la pérdida de certidumbres que ordenan la vida cotidiana).

La conversación sobre el malestar fue un sello del debate intelectual de finales de los años noventa. Muchas discusiones de la época dan cuenta de la repercusión que tuvo este concepto para describir el momento del país.¹² Sin embargo, el diagnóstico se diluye durante una década, para volver con fuerza de la mano de las movilizaciones sociales de 2011, año en que el malestar difuso y mudo de 1997 pareció activarse y sacar la voz. Esa época coincide con el trabajo de campo del IDH 2012, que reflexiona precisamente sobre el bienestar subjetivo de las personas, por lo que aparece la oportunidad de observar empíricamente los cambios en los contenidos del malestar.

Como resultado de estos análisis el informe plantea, en primer lugar, que el contenido del malestar ha cambiado, pues coexiste con altos niveles de satisfacción personal. En 2011 se observa un fuerte malestar “con la sociedad”, expresado en alta desconfianza hacia las instituciones y muy baja satisfacción con el país, pero no necesariamente un malestar “con la propia vida”. La imagen de un país “poco feliz”, como describía el IDH 1998, ya no se sostiene. Las personas están descontentos con la sociedad, pero se declaran felices, fenómeno que el IDH 2012 explica por la individualización de los referentes de felicidad.

En segundo lugar, el IDH 2012 plantea que, al igual que en 1997, el malestar se debe a una asintonía, pero que ya no refiere tanto a la ausencia de complementariedad entre la modernización de los sistemas y el desarrollo de las subjetividades como a una tensión entre los proyectos de vida que construyen los individuos y los soportes que la sociedad les entrega para desarrollarlos. Dicho de otro modo, el malestar ya no corresponde a una suerte de extrañamiento de las personas ante un sistema del cual no se sienten sujetos, sino más bien a la rabia e impotencia que les produce la ausencia de reconocimiento que el sistema brinda a sus esfuerzos personales.

Ya en 1998 el IDH mostraba cómo el mérito y el esfuerzo personal se habían transformado en mecanismos legítimos de logro en la sociedad chilena. Informes posteriores mostraron además que se vivían procesos acelerados de individualización. Las personas diseñaban

¹² Ver, por ejemplo, Brunner (1998).

entonces sus proyectos de vida con referentes individuales y asumían la responsabilidad de llevarlos a cabo, pero el sistema no reconocía sus esfuerzos. La inseguridad humana subjetiva –la precariedad que muchos experimentan ante la amenaza del desempleo, la enfermedad, la vejez o la delincuencia– seguía estando en el núcleo de ese malestar, pero se agregaba un segundo fenómeno: la molestia frente a la falta de reconocimiento que muchos sectores experimentan, y el trato diferencial al que son sometidos por la persistencia de la desigualdad en el país. “En Chile un amplio grupo social, especialmente de clases medias, experimenta una asimetría entre una imagen cada vez más positiva de sus capacidades personales y un tipo de escenarios sociales donde obtienen escaso reconocimiento y débiles soportes para su despliegue” (302).

El malestar se explica así por la paradoja de la individualización asocial llevada a su extremo: los individuos, primero, generan proyectos de vida sin la sociedad como horizonte, pero luego, a través de la inseguridad y la desigualdad, experimentan la sociedad como límite y redescubren, por ende, su importancia. La pregunta clave es: ¿esta experiencia activa las capacidades colectivas de los individuos? El IDH 2012 parece enunciar que sí, al menos para ciertos sectores de la población: por algo el malestar, que antes era mudo y difuso, ahora parece activo. Sin embargo, el IDH 2015 retoma esta discusión y constata que, a pesar del malestar, la individualización asocial impide un involucramiento público acorde a las demandas de cambio que la propia sociedad expresa.

Lo que sí queda claro es que el malestar se personaliza. Esto lo enuncia el IDH 2012 en sus últimas páginas y lo confirma el IDH 2015: el malestar se personaliza y los individuos empiezan a identificar como responsables a quienes tienen poder sobre esos los escenarios en los que despliegan sus vidas, tales como los actores políticos, los empresarios, los personeros de gobierno. Se produce así un proceso de “villanización”: se empieza a mencionar a los “poderosos” como los culpables del malestar.

6 La desigualdad como experiencia y la creciente demanda por igualdad relacional

Desde sus orígenes, y haciendo eco de múltiples estudios, los Informes sobre Desarrollo Humano han problematizado la enorme desigualdad social en Chile. Ya en 1996 se advertía que, aun cuando el país registraba un alto índice global de Desarrollo Humano, había una gran disparidad entre las regiones de Chile, así como al interior de las propias regiones.

Los siguientes IDH han mostrado la persistencia de la desigualdad, y cómo se manifiesta en distintas dimensiones y no se refiere solamente a la distribución del ingreso: se ha puesto de manifiesto en el ámbito de las oportunidades y el territorio (1996), en el de la seguridad

humana objetiva y subjetiva (1998), el capital social (2000), el acceso a la cultura y los soportes de la individualización (2002), el poder objetivo y subjetivo (2004), el acceso y el modo de relacionarse con las tecnologías (2006), la capacidad de agencia y los recursos y soportes biográficos (2009), las oportunidades y el género (2010), el bienestar subjetivo, las capacidades para lograrlo (2012) y los modos de involucramiento con lo político (2015).

En cada tema que han tratado los IDH la distribución desigual de los recursos en juego aparece como un problema esencial. Y no se trata solamente de recursos económicos. Ello reafirma el mensaje central del enfoque de Desarrollo Humano: con el desarrollo económico no basta. Por otro lado, especifica la forma de la desigualdad en la sociedad chilena y la complejiza. La desigualdad en Chile es multidimensional. No es solo que ciertos grupos poseen muchos más recursos económicos o acceso a oportunidades que otros; también ocurre que las personas son tratadas y reconocidas de manera dispar en sus interacciones con otros y con las instituciones, y como consecuencia tienen posibilidades muy dispares de ser sujetos de sus vidas y ciudadanos activos en la construcción del orden social.

Esto conlleva una especificación de la demanda de igualdad. Los IDH dan cuenta de la persistencia de una demanda por igualdad que, sin embargo, convive con la adscripción a ciertos ideales individualistas, propios de la herencia cultural del modelo neoliberal. La demanda por igualdad se expresa de manera clara en el IDH 2000. Allí se plantea que, aunque las personas tienen dificultades para soñar un futuro compartido, tienen ciertas demandas de cambio específicas, dentro de las cuales sobresalen dos: el crecimiento económico y la igualdad. Esta igualdad no es equiparación de recursos económicos necesariamente; las personas aspiran también a la ser tratadas como iguales. Es decir, a ser “tratadas” como iguales.

Se estableció que un trato respetuoso y justo es un componente esencial de la demanda de igualdad, y ese componente no cambia. El mismo punto puede observarse, por ejemplo, en el IDH 2004. Al analizar los imaginarios del poder en Chile, ese informe constata cómo para vastos sectores de la población el poder es sinónimo de abuso y humillación. Luego plantea que la experiencia se asocia a la existencia de un “orden asimétrico de dignidades”, que se explica por la herencia de la matriz autoritaria del país: “Se percibe la organización del poder social como dominada por una matriz de autoritarismo y sumisión, la cual produce un orden asimétrico de dignidades. Por lo mismo, muchos lo viven como abuso y humillación” (PNUD 2004: 19). Chile es un país en el que no solo se estratifican los recursos económicos, sino también la dignidad.

Este componente esencial de la experiencia de la desigualdad vuelve a destacarse con mucha fuerza en los IDH 2012 y 2015. El primero muestra cómo uno de los elementos centrales del

bienestar subjetivo de las personas es “sentirse respetados en dignidad y derechos”, experiencia que muchos no tienen, y que la capacidad de defenderse del abuso y el maltrato está muy desigualmente distribuida en la población. Siguiendo esta pista, el IDH 2015 ofrece una reflexión empírica sobre las variadas dimensiones de la desigualdad, y demuestra cómo la desigualdad en el trato, la desigualdad de dignidad y respeto, es más sancionada normativamente por las personas –duele más– que la desigualdad económica y de recursos.

7 La ampliación de las demandas de cambios y las ambivalencias de la politización

Los chilenos y chilenas quieren cambios. De hecho, los quieren hace mucho tiempo. Pero cada vez los quieren más rápido. Y en gran parte de los ámbitos de la vida social. Este hallazgo se observa comparando los datos del IDH 2000 con los del IDH 2015. Lo que se ve allí es que la conversación sobre el futuro se destraba: el “bloqueo de los sueños” que se describía en 2000 va siendo reemplazado por lo que el nuevo informe llama “la porfía de la esperanza”.

Aunque hay escepticismo, las personas son capaces de hablar sobre el cambio y desear un futuro distinto. Pierden la capacidad de esperar, por lo que la temporalidad del cambio se altera. Mientras en 2004 un 61% de los encuestados pensaba que las soluciones necesitan tiempo, el año 2013 un 61% piensa que las soluciones no pueden esperar. La demanda de cambio además se generaliza: hoy, no solo los “perdedores” sino también los “ganadores” del modelo entienden que el cambio es necesario e inevitable. Por eso el IDH 2015 plantea que ya no es tanto el malestar como la demanda de cambio lo que debe ser el foco del análisis.

Pero ¿se puede cambiar?, ¿existen las capacidades para gatillar el cambio?, ¿y qué cambios se quieren? Los informes muestran que hoy las personas son capaces de hablar sobre el cambio y son optimistas sobre sus capacidades individuales para concretarlo. Sin embargo, no son especialmente optimistas sobre la concreción del cambio en el nivel colectivo: la imagen del futuro de Chile, como se observa desde el IDH 2009 en adelante, tiende a ser plana: ni peor, ni mejor, el futuro se ve igual. La causa de ello es en parte la debilidad de los proyectos colectivos. La desconfianza mutua, telón de fondo de la sociabilidad chilena, se expresa ahora en la relación entre los actores potencialmente involucrados en el cambio: movimientos sociales, elites y ciudadanía. Impide articular acciones concretas que movilicen el cambio deseado. En términos del contenido de la demanda de cambio, además, se observa un aumento en el deseo de cambios profundos y radicales. Y en términos de demandas precisas, se observa una suerte de “consenso negativo”: las personas saben lo que no quieren, pero no necesariamente saben lo que quieren. No es de extrañar. Si no hay una imagen de un nosotros colectivo: ¿con qué lenguaje compartido se puede nombrar el futuro deseado?

Independientemente de esta carencia de lenguajes, la tesis del IDH 2015 es que Chile vive tiempos de politización: los límites de lo posible, y por ende de lo que puede ser decidido colectivamente, están expuestos a redefinición. A diferencia de la “naturalización de lo social” que se observaba en el IDH 2004, cuando la sociedad se veía como “el resultado inesperado y a la vez impredecible del juego de fuerzas que organizan las leyes naturales del mercado” (PNUD 2004: 83), las personas empezarían a percibir el orden social como el resultado intencional de ciertos actores.

Los síntomas de este proceso incluyen una mayor discusión pública sobre temas diversos y la expansión de las alternativas puestas en discusión (desde el aborto o la eutanasia, hasta el sistema de isapres o AFP), el aumento de la conflictividad y la movilización social, y un mayor involucramiento ciudadano en los debates sobre temas públicos. Aunque las personas siguen mostrando distancia con la política formal –baja participación electoral, poco interés en la política...–, no presentan una distancia con “lo político”: están interesadas en conversar sobre los futuros posibles y sobre cómo se tomarán las decisiones colectivas.

La diferencia entre “lo político” (todo aquello que en una sociedad es susceptible de ser decidido colectivamente) y “la política” (la expresión institucional de un estatus particular de lo político) es la clave conceptual que el IDH 2015 usa para fundar la tesis de la politización. A partir de esta distinción argumenta que la politización en Chile tiene un doble carácter: por un lado, es profunda e incuestionable; por otro, es ambivalente y heterogénea, pues se encuentra “internamente tensionada” (PNUD 2015a: 217). En Chile los límites de lo posible se rediscuten, pero no existe una cultura política que permita pronosticar que esa conversación abrirá las puertas a una verdadera deliberación democrática, en línea con los postulados normativos del Desarrollo Humano.

Por un lado, la relación de la ciudadanía con la política formal es débil. Ya desde el IDH 1998 –que se publica en medio del debate que produjo la alta abstención electoral de 1997– se reflexiona sobre la desafección política de la población. El IDH 2000 matiza un poco el diagnóstico y plantea la tesis de la “ciudadanización de la política”: la gente se distancia de los mecanismos formales de participación, pero confía en su capacidad de cambiar las cosas y presenta un alto potencial de asociatividad. Falta, sin embargo, activar esa capacidad asociativa para que las personas sean capaces de gobernar su futuro común.

El IDH 2002 plantea la tesis de que la fragilidad del nosotros es en parte lo que impide activar a la ciudadanía, pues las personas necesitan reconocerse en un relato común para actuar juntas. El orden social en Chile empieza a verse “naturalizado”. El IDH 2004 reafirma la debilidad de la sociedad civil y la expansión de la visión naturalizada de lo social, y los IDH 2009 y 2010 agregan el matiz de que además existen múltiples resistencias a los cambios.

Pero desde las movilizaciones del 2011 se observan indicios de que las capacidades políticas de la ciudadanía se activan, retornan las protestas sociales y, aunque haya desafección con los mecanismos formales de representación, el IDH 2015 muestra que los “modos de involucramiento” con lo político son diversos. Las personas quieren involucrarse en los procesos de toma de decisión, y por ello valoran ampliamente formas horizontales como asambleas o plebiscitos. Por el contrario, las decisiones emanadas de procesos autoritarios o fundados únicamente en el conocimiento experto concitan una débil preferencia.

¿Pero es esto suficiente? La politización, dice el IDH 2015, es ambivalente y heterogénea, pues todos estos cambios no se asocian necesariamente a un cambio en la matriz sociocultural del país. Ciertamente disminuye el miedo al conflicto, pero esta disminución luego alcanza un techo. Las personas poseen una visión “apolítica de la política” (PNUD 2015a: 123), dominada por la idea de que la política debiera dedicarse a la solución de problemas y a poner orden, visión que niega el vínculo inherente entre la política y la existencia del conflicto derivado de ideas en disputa. Coexiste el temor al desorden. Hay una relación ambivalente entre las personas y los movimientos sociales, pues, si bien se les valora por su capacidad catalizadora de cambios sociales, se rechazan varias de las prácticas asociadas a las movilizaciones.

Por otra parte, los informes muestran el aumento de la demanda por horizontalidad en la política. Cabe destacar que la demanda por horizontalidad es una tendencia de largo aliento y que parece consolidarse. En el ámbito de las relaciones sociales (familia, trabajo, consumo), se constata desde el IDH 2004 y se reafirma en el IDH 2009. En el IDH 2015 se observa que esta demanda se dirige también a la política y los modos de representación. Las personas quieren ser parte de las decisiones que gobiernan sus vidas, pero quieren hacerlo al margen de la política formal.

8 La desconexión entre las elites y la ciudadanía

Uno de los procesos más claros que demuestran veinte años de IDH es la creciente desconexión entre las elites y la ciudadanía. El IDH 2000 dejó en evidencia la distancia de la ciudadanía con las instituciones políticas, y desde el IDH 2004 en adelante, la desconexión de las elites con la ciudadanía. Esta distancia se expresa en diferencias sustantivas en la cultura política, y en una elevada desconfianza mutua. Luego la crisis de representación aparece en toda su radicalidad en el IDH 2015. Allí se observa, por ejemplo, que mientras la ciudadanía otorga un rol preponderante al Estado en la prestación de servicios sociales, las elites se manifiestan más bien renuentes a esa idea (PNUD 2015a: 213).

Además, las elites aparecen mucho más temerosas que la ciudadanía frente al proceso de cambio que experimenta la sociedad chilena. En ellas es agudo el temor a un desborde social –incluso al retorno de una dictadura– y a la emergencia del populismo. En cuanto a los cambios en sí, la preferencia por cambios radicales es mucho mayor en la ciudadanía que en las elites, las que se inclinan por cambios graduales. A esto se suman sus dificultades para “leer la realidad”, para interpretar las aspiraciones de la ciudadanía y las complejidades del momento presente. Las elites reconocen que hoy el ejercicio del poder es mucho más complejo que antes.

La desconexión entre las elites y la ciudadanía, además, ha evolucionado desde la mera distancia hacia una acusación: las elites y sus resistencias aparecen como las principales responsables de los núcleos del malestar. El IDH 2015 muestra cómo hay un cambio clave en la gramática de las demandas de los movimientos sociales: ya no apuntan solo a la naturaleza y el funcionamiento del sistema económico y las instituciones, sino que se empieza a hablar de intereses y de abuso.

Este –el papel de las elites en el imaginario del malestar– es uno de los cambios más significativos que se desprende de la lectura conjunta de los IDH. Hoy el malestar se ha especificado, y, tal como muestra el IDH 2015, se empieza a nombrar a los presuntos “culpables”. A la par con la desnaturalización de lo social, ingresa a la esfera pública la reflexión sobre los poderosos y sus intereses, lo que abre la puerta a la politización, por un lado, pero por otro incrementa aún más la desconfianza en la política formal.

Si hay un cambio claro en estos veinte años es el desplazamiento del foco del conflicto desde la asintonía entre modernización y subjetividad hacia una tensión más específica entre las elites y la ciudadanía: ya no se trata solo de que las personas estén descolocadas ante un modelo que no produce una narrativa que les permita asimilar los cambios; se trata de una ciudadanía que desconfía de sus elites. Hoy ya no se critica tanto al sistema como a las elites y sus prácticas. Quizás no hay un “nosotros colectivo”, como lamentaba el IDH 2002, pero sí alguien a quien oponerse. Este escenario puede producir oportunidades, pero también riesgos.

Otro tema referido a las elites que los informes van haciendo manifiesto son las dificultades de sus miembros para cambiar: la idea de que las elite no cambian y además se cierran sobre sí mismas, dificultando incluso la creación de nuevas elites, se enuncia por primera vez en el IDH 2004; se retoma, desde la perspectiva de género, en el IDH 2010 y se reafirma en el contexto del IDH 2015.

Hay sin embargo una excepción: el incremento de una “elite social”, que compite con las elites tradicionales provenientes de los ámbitos económico, político y simbólico. La elite social la componen “aquellas personas capaces de crear, movilizar y representar los intereses de la ciudadanía más allá de los partidos políticos” (PNUD 2004: 191). Se trata de un proceso interesante pues conlleva una cierta apertura a visiones distintas sobre la sociedad y el ejercicio del poder. Aun así, como el mismo informe reconoce, la desigualdad de poder entre la elite social y los otros ámbitos del poder evidencia que la expansión de la primera no implica necesariamente un cambio en la composición de las elites tradicionales. Las elites chilenas, entonces, están clausuradas, y además perplejas. ¿Cómo pueden conducir a este nuevo Chile?

CHILE HOY: EL PRESENTE A LA LUZ DE VEINTE AÑOS DE ANÁLISIS

Hace veinte años, los IDH chilenos iniciaron una reflexión sobre el sentido del desarrollo chileno, y en particular sobre las tensiones y ambivalencias de la modernización del país. Dicha reflexión intentó trascender las visiones economicistas e institucionalistas que dominaban el debate en la época, y situar a las personas, sus aspiraciones, temores y sueños en el centro del debate sobre el tipo de sociedad que aspiramos construir. De cara al futuro, esta pretensión tiene hoy más vigencia que nunca.

Pero la conversación no es exactamente la misma que hace veinte años. Sus contenidos y prioridades han cambiado a la par que han cambiado las vidas y aspiraciones de las personas. Datos recientes muestran¹³ que en 1999 los chilenos y chilenas soñaban principalmente con tener un país “más desarrollado económicamente”; en 2016, en cambio, el principal sueño es tener un país “más seguro” y el sueño de un país “más protector” es el que más crece en ese período. A su vez, un país “más igualitario” y un país “más honesto” siguen siendo sueños de gran importancia para las personas¹⁴. Ninguno de estos sueños se logra automáticamente, por eso preocupa que las personas no visualicen liderazgos que impulsen esa tarea. En 1999, frente a la pregunta: “*en el último tiempo, ¿ha escuchado hablar a algún personaje público que la haya hecho soñar con un país mejor?*” Un 30% respondía que sí. En 2016, solo un 15% responde afirmativamente. Desarrollar la capacidad para deliberar sobre el futuro se transforma en uno de los desafíos más importantes para el Chile de los próximos años.

¹³ Mientras se realiza el trabajo de campo del próximo informe, PNUD Chile aprovechó de repetir un par de preguntas que se hicieron en la encuesta de 1999, acerca de los “Sueños de País” que tienen las personas y de esa forma comparar su evolución con 2016.

¹⁴ El porcentaje de quienes sueñan con un país más desarrollado económicamente baja del 68% en 1999 al 46% en 2016; quienes quieren un país más seguro sube del 47% al 59%; y quienes quieren un país más protector sube del 20% al 36%, siendo esta la mayor alza entre los sueños consultados.

Debatir sobre el futuro deseado y los soportes que la sociedad provee para que las personas se conviertan en protagonistas del Desarrollo Humano representa, desde el marco normativo del Desarrollo Humano, algo no solo deseable sino imprescindible. El IDH 2012 planteó que “es posible, necesario y deseable definir los contenidos del futuro; no es un acto banal o meramente declarativo. Las crisis recientes (...) han mostrado que se requiere sociedad para coordinar los sistemas funcionales (entre ellos la economía), de modo que estos no se automaticen al punto de generar resultados adversos para las vidas de las personas. No queda sino darse a la tarea de repensar el futuro, y hacerlo a la altura de las necesidades y expectativas de la gente. Poner a las personas en el centro de los objetivos del desarrollo se vuelve no solo un imperativo ético-normativo, sino un imperativo funcional para el sistema” (PNUD 2012: 34).

En este debate, dos procesos resultan prioritarios. Por una parte, la recuperación del vínculo entre la política y la vida cotidiana. Los IDH consistentemente han mostrado la creciente distancia entre la política institucional y los anhelos y temores de las personas. En este contexto, el apelativo a la política que realizara Lechner adquiere renovada vigencia. Si el orden social se naturaliza, la única manera de desnaturalizar lo social y volver a soñar con el futuro deseado es volver a creer en la política. Por eso los IDH desde sus inicios han hecho un llamado a tener más y mejor política, pues es tarea de la política proporcionar los materiales, lenguajes y símbolos que permiten soñar el futuro (PNUD 2015a). Hoy pareciera que abrazar la politización es inevitable. Ante este nuevo escenario, los IDH no solo reafirman la importancia de recrear el vínculo entre lo político y la vida cotidiana, sino que destacan la oportunidad para el Desarrollo Humano que conlleva la redefinición del campo de autodeterminación social.

El segundo proceso prioritario para repensar el futuro es reconstruir el vínculo entre lo individual y lo colectivo. Tal como han mostrado los informes, la biografía es para muchas personas el resultado de un trabajo individual, desplegado al interior de la familia y al margen o a pesar de la sociedad. La sociedad no hace sentido a las personas, ni como recurso ni como horizonte. Por ello, generar condiciones para que las personas vislumbren la conexión existente entre sus vidas y la sociedad en que viven es hoy una tarea cultural ineludible.

En ese contexto, los desafíos esenciales parecen mantenerse: ¿cómo reconstruimos el nosotros?, ¿cómo superamos la diversidad disgregada?, ¿cómo repotenciamos la política y lo político? Esta es la conversación que, después de veinte años de trabajo sostenido, los IDH invitan a retomar. Hoy volvemos a reafirmar nuestros mensajes y convicciones esenciales: el desarrollo económico es condición necesaria pero no suficiente para el desarrollo humano; sin una sociedad fuerte es imposible que logremos un desarrollo centrado en las personas; no hay que temerle al cambio, ni a las expresiones de malestar, ni mucho menos a la

ciudadanía: “Los tiempos de la politización son tiempos complejos y sin garantías, pero son también tiempos ganados a la tentación del cinismo y a la sensación de futilidad” (PNUD 2015a: 222).

Chile vive tiempos complejos, pero llenos de esperanza. La invitación está hecha. Volvamos a conversar sobre el sentido del desarrollo, volvamos a soñarnos.

Bibliografía

- Brunner, J.J. (1998). “Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando?”, *Estudios Públicos* 72.
- Lechner, N. (2006 [2002]). “Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política”, *Obras escogidas*. Tomo I. Santiago: Lom.
- PNUD (1990). *Informe de Desarrollo Humano 1990*. Bogotá.
- (1996). *Informe de Desarrollo Humano en Chile 1996*. Santiago.
- (1998). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Las paradojas de la modernización*. Santiago.
- (2000). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Más sociedad para gobernar el futuro*. Santiago.
- (2002). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Nosotros los chilenos: Un desafío cultural*. Santiago.
- (2004). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. El poder: ¿para qué y para quién?* Santiago.
- (2006). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Las nuevas tecnologías: ¿un salto al futuro?* Santiago.
- (2008). *Informe de Desarrollo Humano rural en Chile. Seis millones por nuevos caminos*. Santiago de Chile.
- (2009). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Las maneras de hacer las cosas*. Santiago.
- (2010a). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Género: los desafíos de la igualdad*. Santiago.
- (2010b). *Informe sobre Desarrollo Humano 2010. La verdadera riqueza de las naciones: Caminos al Desarrollo Humano*. Madrid.
- (2012). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo*. Santiago.
- (2015a). *Informe de Desarrollo Humano en Chile. Los tiempos de la politización*.
- (2015b). *Informe de Desarrollo Humano 2015. Trabajo al servicio del desarrollo humano*. Nueva York.
- Ramos, C., coord. (2006). “El impacto de los Informes de Desarrollo Humano del PNUD en Chile”. Santiago: Universidad Alberto Hurtado, Departamento de Sociología.
- Sen, A. (1979). “Equality of What?” The Tanner Lecture on Human Values, Universidad de Utah. En tannerlectures.utah.edu.
- (1993). “Capability and Wellbeing”, en M. Nussbaum y A. Sen (eds.), *The Quality of Life*. Oxford: Oxford University Press.
- (2009). *The Idea of Justice*. Cambridge, MA: Harvard University Press.